

Los personajes que Byron
Hace vivir en sus obras,
A los poetas modelo,
Pero al corazón dañosas.

Terribles dudas combaten
El ánimo de la hermosa
Que, ajena al sueño, se entrega
A sus delirios á solas.
En la riqueza criada,
Con su beldad orgullosa,
Amada de sus parientes,
Las horas una tras otra
Para ella transcurrieron
Gratas y veloces todas.
Era modesto capullo,
Alba que tímida asoma:
Hoy para la flor se acerca
De los perfumes la hora:
Presto un día esplendoroso
Ilustra la excelsa bóveda.
Ama á Carlos, sin que acaso
Ella misma lo conozca,
Porque las pasiones siempre
Terreno ganan incógnitas.
Recordando los sucesos
De la tarde se acongoja,
Pues al retirarse Carlos
Ni siquiera saludóla.
Sin duda al verla con Álvarez
En plática misteriosa,
Creyó que los dos se aman
Y que Diana es su novia;
Y no hay tal, que si á su padre
La tiene pedida, sobra
Con que no le ame Diana
Para que se agüe la boda:

O bien del amor antiguo
Las llamas ocultas brotan,
Que, si el ídolo está muerto,
Es inmortal la memoria.
¡Cómo esta última idea
Su amante pecho destroza!
Porque, forzoso es decirlo,
Diana á Carlos adora.
Por un capricho infantil
Que su inexperiencia abona,
En aquel instante mismo
Hallarse pretende á solas
Frente á la pieza que habita
El joven, por si ver logra
(Sabiendo que hasta muy tarde
Suele éste leer) su sombra.
Contigua á la de Diana
La alcoba está que las otras
Hermanas habitan: quiere
Saber si duermen: llamólas
En voz baja: "Guadalupe!
Ángela! Gabriela!" . . . Ahoga
Su respiración y aplica
El oído. . . "Duermen todas"
Dice: al corredor se lanza:
Su pie el suelo apenas toca.

De traje blanco vestida,
Sin atar las trenzas blondas,
Por el corredor que alumbra
La luna al Ocaso próxima,
Se adelanta: quien la viese
Tomara su esbelta forma
Por un rayo de aquel astro,
Si el ruido de la ropa
Que arrastrando levemente
Va en su marcha misteriosa,

La realidad no le hiciera
Conocer.—Pero á muy corta
Distancia della elevóse
Bulto de apariencia torva
Que camina, si camina
Ella, ó sus pasos acorta
Si se detiene. . . . Tras ella
Siempre, parece su sombra;
Y no le ha visto Diana,
Que ya en la reja se apoya
De la ventana de Carlos
Llena el alma de zozobra.
Las cortinas por olvido
Están plegadas ahora:
Iba á retirarse y quédase,
Que á Carlos divisa y nota
Que, hacia la mesa inclinado,
Ve de pincel linda obra.
Encima de la carpeta
Do sus papeles coloca,
El retrato de una joven
Tiene. De la fresca rosa
En sus cabellos prendida
Contrastan las tintas rojas
Con la palidez ligera
De su semblante: en su boca
Vaga inefable sonrisa:
Como un ángel es hermosa,
Y absorto la mira Carlos
Con expresión melancólica.
Suspira, y Diana exclama:
“No es por mí: fué por la otra.”
A la vidriera sus ojos
Alza Carlos. . . . Temerosa
De haber sido descubierta,
Se retiraba á su alcoba,
Cuando, al ir pasando frente
A una escalera, la sombra

Que antes la seguía, dijo:
“Muy buenas noches, Señora.”
Lanza grito involuntario,
Al cuarto llega medrosa,
Y oye, temblando, la voz
De su madre que la nombra:
Diana, Diana. . . . ¡Hija mía!
¿Has oído? —No, señora,
Contesta: “dormida estaba,”
Y se ruboriza á solas.
“Pero ¿quién es —se pregunta,—
Esa fantasma ó persona
Que me saludó?” Confusa,
Con las sábanas se arroja;
Y dormida á quedar vino
Hasta que rayó la aurora.

No bien ella entrado había,
Cuando el amante se asoma
A la puerta de su cuarto.
Tras su vidriera la forma
De Diana ver ha creído:
Su mirada indagadora
Por el corredor pasea,
Y sale sin que se oigan
De la noche en el silencio
Grave sus pisadas sordas.
De pie contra el antepecho
Del corredor ve la sombra
Que antes siguiera á Diana,
Y que al llegar él ahora,
Adelántase á encontrarle
Y la faz se desemboza.
—¿Quién sois? el joven pregunta.
—Carlos, buenas noches.—¡Hola!
¿Vos en este sitio, Álvarez?
—¿Vos aquí y á tales horas?

—El fresco á tomar salía.
—A mí el lecho me acalora
También.—En esto hay misterio
Y es fuerza que yo le rompa.
—Misterio nó; y, supongamos
Que así sea, ¿qué os importa?
Yo sé que vive en la casa
Uno de los dos de sobra.
—Vos sin duda.—No, á fe mía,
Que veo en Diana á mi esposa,
Y os juro que al que intentare
Estorbarlo, aquesta hoja
Le clavaré.—Por Diana
Diera vida y alma y honra;
Pero es vuestra alma, os lo juro,
Para arrancármelas poca,
Que escaso valor sin duda
Encubre facha traidora.
—Tened la lengua.—Es inútil,
Álvarez; cuanto usted oiga
Mi espada en cualquiera sitio
Y en día cualquiera abona.
—Niñerías, niñerías!
Hablemos en pura prosa,
Porque, os lo diré, Don Carlos,
Lo novelesco me choca.
Farsas de capa y espada,
Según literarias crónicas,
Puso en la española escena
El buen Calderón en boga;
Pero Calderón ha muerto:
Dios le tenga allá en su glorial
¿De nada sirven los años?
¿Armaremos trapisonda
Cual dos imberbes lo harían
Novicios en estas cosas?
Desde hoy amigos seamos,
Y de entrambos ella escoja,

Y el desechado en paciencia
Sobrelleve su derrota,
Que las mujeres abundan
Y el entusiasmo retoña.
¡Eal Carlos, buenas noches;
Todo ha sido pura broma,
Olvidese todo.—Carguen
Los diablos con esta zorra!

Dijérase que, avisados,
Cuantos en la quinta moran
Hacen de la noche día,
Porque de una puerta próxima
Al sitio en que estaba Carlos,
Giran las dos altas hojas
Cuando éste se va. Una vieja
Asoma su faz rugosa:
Gafas antediluvianas
Sobre la nariz coloca:
El cuello inmenso alargando
Durante un cuarto de hora,
Su perspicacia le avisa
Que á su intento nada estorba;
Y al fin, saliendo del cuarto,
Con Álvarez se apersona.
—¿Has averiguado? . . . —Es cierto:
Por él mi ama está loca.
—Lo sabía.—En cuanto al baile,
Ocho días le demoran,
Porque Don Fernando quiere
Que este sea un baile en forma.
Jóvenes amigos suyos
Han de venir, y señoras
Convidadas por las niñas.
¡Carnestolendas dichosas!
Bien hayáis! que de tristeza
Hartas aquí estamos todas.

—¿Y los disfraces?—Diana
Prepara el suyo. . . . una cosa
Que han dado en llamar dominico.
—Será dominó.—¡Qué tonta
Soy! Cabal. ¡Malditos años!
—¿De qué color es?—La ropa
De ancho camisón á guisa
Es de raso blanco, y roja
La capucha.—¿Su careta?
—Como de joven hermosa,
Y tiene por distintivo
Un lunar sobre la boca.
—¿Y el traje de él?—Anoche
Supe yo por carambola
(Pues lo dijo su criado
Entre reservadas bromas
A mi sobrina) que encarga
Hoy la vestidura propia
Para salir de *Quevedo*;
Nombre de alguno que mora
En tierras de la otra banda,
No sé si en España ó Roma.
—Estuve aquí, buena vieja,
Esperándote dos horas;
Pero me has traído al cabo
Noticias satisfactorias.
Con el ojo alerta sigue:
Toma entretanto esta bolsa,
Y olvídate de que hablamos
Sobre el asunto una jota.

Cuando Álvarez se retira
La luna tras alta loma
Su faz oculta, dejando
Envuelta la tierra en sombras.
Murmura un *Ave María*
La vieja viéndose sola,

Y con descarnada mano
Su rostro santigua hipócrita.
De su recámara á tientas
Anda tras la puerta: hallóla
Y entra por ella temblando,
Como tortuga en su concha.

V

Amor inextinguible de Carlos.—Resolución tomada por Diana.—Júbilo de Carlos.—Enfermedad moral de que suelen adolecer las personas de imaginación muy viva.—Podemos utilizar esta enfermedad.—Un amigo predice á Carlos lo que más adelante acontece.

CARTA A DIANA.

En tus manos he puesto mi destino:
Cese la incertidumbre que me acaba:
Ayer, ayer tu corazón temblaba
Cuando oíste el lenguaje de mi amor.
Un extraño después se me aparece
Que mi esperanza trueca en amargura,
Porque me dijo: "Esa mujer tan pura
Tuya no puede ser: tiene señor."

Anoche, cuando en tí pensaba á solas
Y por mi ingratitud perdón pedía
A la imagen de aquella que algún día
Único dueño de mi afecto fué,
Ví tu forma al través de la vidriera,
Iba á echarme á tus pies entusiasmado,
Y en tu lugar ese rival odiado
Que entre nosotros se interpone, hallé.

Yo no puedo vivir en esta duda:
Quiero oír de tus labios la sentencia;
Pero ¡no la pronuncies! Mi existencia
Necesita el tesoro de tu amor.

Si el afecto no sientes que inspiraste,
Deme tu labio una esperanza sola:
El náufrago que envuelto va en la ola
Quiere asirse de leño protector!

¿Qué te puedo ofrecer, niña adorada?
Bajo mi techo la pobreza mora;
Ni á mi frente da sombra bienhechora
De la gloria el magnífico laurel;
Mas, oye, si acogieras tú los votos
Del corazón que con su amor se quema,
Sería para él dicha suprema
Porque le amaras tú sólo por él.

Entonces mi ambición despertaría
Para ofrecerte un nombre en holocausto:
Entonces, como ahora, en medio al fausto
Brillaría tu célica beldad;
Y al recordar que cuando yo era pobre,
Tú con tu amor para endulzar mis días
De la opulencia descendido habías,
Me respetara á mí la sociedad.

¡Oh! presta luz á mis nublados ojos:
Presta á mi corazón seguro asilo:
Dime que puedo ya vivir tranquilo,
Dime que aceptas mi rendido amor;
Pero si así no fuere. . . al menos dame
Una esperanza, una esperanza sola!
El náufrago que envuelto va en la ola
Quiere asirse de leño protector!

CARLOS.

RESPUESTA DE DIANA.

Al corazón llegaron tus palabras
En esa tarde, sí, te lo aseguro,
Porque tu amor es entusiasta y puro,
Porque el objeto soy que le inspiró;
Mas te engañas creyendo que te amo
Porque mi agitación allí fué mucha:
Toda mujer que ese lenguaje escucha
De confusión se llena y de rubor.—

Si ser feliz con el amor pudiera,
Carlos, mi corazón te adoraría,
Y con orgullo, sí, compartiría
Tu pobreza, tu noble obscuridad.
Mi suerte otra será! Desde la infancia
Me lo dice fatal presentimiento:
Yo nací condenada al aislamiento;
Con ser alguno me uniré jamás!

Desde niña, un deseo indefinible
Se apoderó de mi alma y la consume:
He amado de la flor sólo el perfume;
Más claro aún, he amado lo ideal:
Y al descender de las regiones puras
A que el mortal en sueños se sublima,
Todo en el bajo mundo me lastima;
Hallo, de un cielo en vez, triste erial.

Amo la soledad cuando el otoño
Enluta el cielo con tristeza suma,
Cuando juegan los vientos con la pluma
Que el ave errante al emigrar soltó:

Y preguntando á alguien si sentía
Emoción inefable al ver la hoja
Que el norte arranca y en el fango arroja,
Mi pregunta al oír, se sonrió.

¿Por qué no me comprenden? ¿Por qué al verme
Por los bosques errando solitaria,
Me apellidan la joven visionaria,
O tachan mi carácter de infantil?
Tú que en el mundo vives, conociendo
La enfermedad que en mi interior se esconde,
Pon la mano en tu pecho y me responde:
¿Con una esposa tal, fueras feliz?

He creído también que amar pudiera,
Y he forjado en mis sueños un amante
Que mi existencia pasajera encante,
Que me dé con su mano el corazón.
Álvarez me pretende para esposa,
Hallar correspondencia en mí esperando;
Pero no le aborrezcas: te lo mando:
Odio hacia él no siento ni afición.

Renuncia á tu esperanza. Acá en la tierra
Como ahora, otras veces has amado:
De tu afecto el tesoro, minorado,
Sus primicias no puede ya ofrecer.
Este capricho tuyo pasaría,
Y rastro de dolor en mí dejara;
Diverso amor á poco te ocupara,
Y la pobre mujer ama una vez!

Si á la tuya enlazara yo mi suerte
Y disipado tu cariño viera,
¡Cuánta mi desventura entonces fuera!
¡Ay! á tu lado ¡cuánta soledad!

Si de mi fe dudaras y tus labios
Una palabra me dijeran fría,
¡Una sola palabra! moriría
Cual ave sin calor ni libertad!

Leiste ya como en abierto libro
En este corazón. . . . Falta una hoja,
Y el seguirla ocultando me sonroja:
Tendré para enseñártela valor.
Pudiera amarte yo. . . . ¡quizá te amo!
Hago esta confesión á un caballero;
Pero escúchame, Carlos, yo lo quiero:
Nunca vuelvas á hablarme de tu amor.

D***

CARLOS A SU AMIGO J.***

Yo soy el más feliz de los mortales:
Mira esa carta que escribió Diana,
Y cuéntame si hay ventura humana
Que á la mía se pueda comparar:
Dime si es suficiente nuestra vida
Para amar á esa joven hechicera:
Dí si mi afecto amortiguar pudiera
En su curso la misma eternidad.

¿Qué importa su carácter visionario,
Cuando yo mismo pienso como ella;
Si en él la luz que fúlgido destella
El ingenio en su aurora descubrí?
Doblemente la adoro: ella me ama.
¿No es cierto que en su carta me lo ha dicho?
Impóneme silencio su capricho;
Mas soy feliz. . . ¿qué importa el porvenir?

Del corazón el júbilo desborda:
Necesito esplayar mi sentimiento,
Como, agitado por el recio viento,
Lecho más grande necesita el mar.
¿A quién mejor que á tí comunicarlo?
Respóndeme y aumenta mi alegría:
Dime que envidias la ventura mía;
Que jamás como yo supiste amar.

CARLOS.

RESPUESTA A CARLOS.

He amado como tú. . . Mi alma entusiasta
Prodigó acá en la tierra su ternura,
Y una vez y otra vez en la amargura,
Cosecha de su anhelo, se anegó:
Como el fénix, amante revivía;
Como el árbol, su pompa restauraba:
Llegó día en que el árbol seco estaba,
Y hojas nuevas á echar nunca volvió!—

No puedes figurarte la tristeza
Con que mi juventud hoy echo menos;
Mirando el esplendor de la belleza
Concedida por Dios á la mujer;
Mas si en la playa estoy, viejo marino,
Libre ya del naufragio, desde lejos
Doy siquiera mis útiles consejos
Al que en los mares, como tú, se ve.

¿Conque tu corazón, que tú creías
Muerto para el amor, ha despertado,
Y ya al carro triunfal hállase atado
De esa mujer que es ángel para tí?

Que la llames tu esposa y tus caprichos
Sufra con siempre igual benevolencia;
Que con su amor prolongue tu existencia;
Que te cierre los ojos al morir!

La enfermedad que en su interior germina,
El noble sentimiento es de lo bello:
De la luz celestial rico destello
Que á pocas almas en el mundo hirió:
La facultad de hallar los atributos
Que revelan de Dios la omnipotencia
En seres mil en que la estéril ciencia
La forma material solo admiró.

Pero este sentimiento necesita
Fin ó blanco hacia el cual nos encamine,
Pues de la vida el germen debilita
Si nos conduce á errar en lo ideal:
Tuerce nuestra razón, el cuerpo enerva
Y para el bien y el mal nos deja ineptos;
Siempre en el corazón de sus adeptos
Rompe ó relaja el vínculo social.

Cuando tengas dominio sobre ella,
Dícelo así: comprenda su talento
Que puede utilizar tal sentimiento
Sobre la tierra ejecutando el bien.
Ame con tierno afecto á su familia;
Preste en su hogar al caminante abrigo;
La desnudez socorra del mendigo,
Y á su hambre dé pan, agua á su sed.

Sueñe con otro mundo; pero sea,
Siempre á la luz de mística esperanza,
Con aquél donde premio el justo alcanza
Cuando su corazón la muerte heló:

Sepa que el áureo cáliz de la vida
Pone la dicha en su engañosa espuma,
Que la bebida es de amargura suma,
Y apure hasta las heces con valor.

No quisiera decírtelo; mas, siendo
De sensibilidad ella un tesoro,
Mucho temo que ofendas su decoro
Tú, sospechando injusto de su fe.
Conozco tu carácter: cuando amas,
De tu sombra y tu voz tienes recelo:
Si tal haces, su amor truecas en hielo,
Que es única en su especie esta mujer.

Es el cristal que, limpio y transparente,
De leve duda al hálito se empaña:
La sensitiva que al contacto ardiente
De la mano del hombre se alarmó.
Si su delicadeza una vez hieres,
Cuando su estimación hayas perdido,
Aunque le quede el corazón partido,
Ella jamás te volverá su amor.

Quiérela, sí, porque beldad tan rara
Unida á tan excelsa inteligencia,
Se halla sólo una vez en la existencia,
Como en lóbrego cielo blanca luz.
El entusiasmo que tu dicha inspira,
Distracción á mis penas hoy ofrece:
Al corazón gastado le parece
Que ha vuelto á su primera juventud!"

J.***

VI

Paisaje de primavera.—La juventud de la naturaleza asociada á la juventud del corazón.—Diana admite los votos de Carlos.

En la margen bellísima del lago
Que ni el más leve céfiro acaricia:
Cuando ya de la tarde el ruido vago
La noche acalla, á la quietud propicia:

De las estrellas al fulgor brillante
Que en las serenas aguas reflejaba,
Carlos, pintado el gozo en su semblante,
Con el objeto de su amor se hallaba.

En la lejana extremidad del monte
Tapizado de rubias sementeras
Y sobre el fondo azul del horizonte,
Su cresta dibujaban las palmeras.

Era en el mes de Marzo, y se cubría
De hojas el árbol, de verdor la loma:
La flor su seno virginal abría,
Su amor cantaba la gentil paloma.

Tibia la brisa que del ancho prado
Meció en la tarde las nacientes galas,
Sobre el botón del azahar nevado
Duerme, plegadas las volubles alas.

Diana, sentada sobre el césped blando
Al pie del oloroso limonero,
Guarda silencio, estática mirando
En la bóveda azul blanco lucero.